



Fotografía en la que aparecen rodeando al señor BATLLE Y ORDOÑEZ, Presidente de la República, sentados a su derecha: Sres. Diego Pons y Claudio Williman. De pie, de izquierda a derecha Sres. Feliciano Viera, Pedro Manini Ríos, Mateo Magariños Solsona, Antonio M. Rodríguez, Coronel Laborde, José Serrato, Domingo Arena Coronel Barriola.

Sombrerería
y Camisería

GIL

ARTICULOS DE GUSTO Y CALIDAD
A PRECIO MUY CONVENIENTE.

VISITENOS

SORIANO y ANDES. — U. T. E. 82-79-2.

Un cutis "suave al tacto"

La famosa especialista en maquillaje y belleza femenina Miss Powers ha dado consejos muy preciosos a la mujer moderna para llegar científicamente a obtener un cutis perfecto.

Aconsejaba que durante el verano se evite el uso del jabón, que varias veces al día se haga una aplicación de glicerina de almen-

dro, haciendo al mismo tiempo un masaje suave con la yema de los dedos. Asegura que de este modo el cutis queda "suave al tacto" o sea nutrido y vivificado gracias a la absorción de glicerina de almendra. Ahora se obtiene también en las farmacias un envase legítimo económico de 45 centésimos.

ZAPATERIA

"LA BOHEME"

De Eugenio D'Avanzo

EL CALZADO INDISCUTIDO POR SU CALIDAD

18 DE JULIO 1457, Frente al Monumento al Gaucho

U. T. E. 44885

GRAN RESTAURANT

"MORINI"

CASA ESPECIAL EN COMIDAS

Emporio de Vinos Finos y Aceites

Importados directamente

POR LA CASA

Morini, Barreiro y Lorenzoni

Calle Reconquista, 714

80-5-45 U. T. E.

Montevideo

EL guarda, desde su puesto en el anden tra-
sero, da un grito de advertencia a mis
compañeros de viaje, a quienes embota
la dulce pereza de la mañanita estival.

Camino Avegnol...
Se detiene el pequeño autobús que en mu-
chos trechos del largo viaje avanzó anhelante,
y desciendo de él, entumecidos los miembros
por la forzada quietud de casi una hora.
Me baña el sol que cae a plomo sobre la ca-
rretera y, advirtiendo la soledad del paraje,
abro los brazos y ensancho el pecho aspiran-
do una gran bocanada de aire que trae olor
de pastos y de rocíos...

Después emprendo la marcha por la calleci-
ta en la que penden extrañas manchas de som-
bra los viejos eucaliptos. A mi izquierda,
campos incultos, una gran quinta como aban-
donada; a mi derecha, casitas coquetonas, pe-
queños comercios sin clientes y ranchos de
muchachas de soldados, que andan atareadas
en el trajín diario.

No he caminado trescientos pasos cuando
doy con la quinta del doctor Arena: frutales
de anchos ramajes en filas rectas y alargadas
y en medio de ellos, severo, alto y macizo, el
caserón de don Domingo, con sus grandes ven-
tanales que aseman curiosos al camino por
sobre las copas de los árboles.

No sabría explicar por qué, pero con el án-
imo un poco encogido, llevo al portón de ace-
so a la quinta. La entrada es un camino lar-
go, bordeado por grandes moreras que unen
sus copas formando un perfecto túnel. El sol
se cuele en él por entre las hojas que va des-
prendiendo el otoño y extiende en el camini-
to, curiosas manchas de oro.

Entrando, hacia la derecha, hay un banco
de quinta; descansando en él, perezo, como so-
ñando, un viejo bizcochero, al que yo le digo:
—Buenos días, buen hombre: ¿no sabe us-
ted si está en casa el doctor Arena?

El viejo me mira. Tienen sus ojos pequeñi-
tos una señalada expresión de ausencia. La
luz, transparentándose a través de las hojas
de las moreras, tinte de los más diversos to-
nos del verde, la cabeza, la barba, la ropa,
la espesa nube de humo que arranca a su
vieja pipa el bizcochero.

Como no contesta a mi pregunta, vuelvo a
hacerse la:

—Buen hombre: ¿no sabe usted si está en
casa el doctor Arena?

El viejo incomodado, se vuelve en el banco
despidiéndose con un enérgico movimiento
de hombros.

Entonces decido continuar avanzando, pero
doy unos pasos más y me detiene la voz de
don Domingo que grita algo que no entiendo.
En seguida aparece apresurado, con su andar
extraño, como si las piernas se empujaban en
no obedecer a su voluntad. Lo sigue su perro,
el viejo León, grande, gruñón y cojo. Al
verme, dice don Domingo:

—Pero hermano!... ¿Qué andas haciendo?...
¿Qué milagro es éste? ¿Venís a visitarme?

—No, don Domingo, vengo a hacerle un re-
porteje...

—Un reporteje a mí?

Don Domingo, que había hecho como un
ademan de seguir andando, se detiene en se-
co. Sus pies inquietos, parecen buscar un fir-
me apoyo en la tierra, que nunca encuen-
tran, a tiempo que su cuerpo se balancea co-
mo falto de equilibrio. Sus brazos tienen con
torpeza llegar hasta mí, pero no atinan a ex-
tenderse y lo ensaya una, dos veces, hasta que
al fin sus manos me toman fuertemente.

Yo siento dulce e íntimo gozo, al prestarle
el apoyo que él necesita...

—Pero che hermano, ¿dijiste que un repor-
teje?

—Claro que sí, Arena... ¿No recuerda usted
que EL DIA conmemorará pronto sus cincuen-
ta años de vida?... ¿Y cómo podríamos ha-
cerlo sin recurrir a usted, el más viejo de la
casa, de los que aún permanecen en ella? Yo
desearía que hablásemos de los primeros pa-
sados de EL DIA, de la gente de entonces: Bat-
lle... Santa Ana... Don Fermín...

—Pero está claro que sí... Me parece una
gran idea!... ¿Se les ocurrió a los muchachos
Batlle, ¿verdad? Y tienen razón! Qué me-
jor que yo para eso? Ohé... y no se me ha-
bía ocurrido a mí... Yo creo que podemos
hacer una gran nota. Contigo, con tu pluma,
podremos hacer una gran nota... Claro que pa-
ra que salga bien, yo dictaré y tú copiarás...

Sólo que yo no asistí a los primeros pasos
de EL DIA. Mi aparición en la casa fue des-
pués, allá por el 89, cuando estaban ellos en
la plaza Independencia. Pero ¿sabés mucha-
cho?, yo entonces iba sólo por visitar a Tra-
vieso y Santa Ana, que era a los que conocía,
y para llevarme alguna entrada para el teatro.
Mi intervención activa en el diario se produ-
jo después, a raíz de una huelga de redacto-
res que le hicieron a Batlle, de la cual siem-
pre decía con mucha gracia:

—“Llévándome a los redactores creyeron lle-
varme el diario”.

DON DOMINGO ARENA ASOMA A LA VIEJA IMPRENTA

Hemos avanzado unos pasos por el túnel de
moreras. Hemos tomado hacia la izquierda,
por un senderito de anchas piedras, que
bordean naranjos en flor. Hemos trepado una
pequeña escalera... Atravesado un gran hall,
cuadrado, silencioso, severo, al que llega tími-
da la lejana luz del día y nos hemos instala-
do en un cuartoito pequeño y alegre que da
hacia el fondo de la quinta.

Don Domingo se sienta junto al gran ven-
tanal. León se echa a su lado, recostando en
sus rodillas la cabezota tan hermosa y expre-
siva. Yo aguardo en el escritorio, lápiz en
mano y, parece mentira, a los dos, viejos pe-
riodistas, no se nos ocurre cómo empezar. En-
tonces él me dice:

—Si quieres, pregunta lo que te interesa...
Yo te contesto.

—Bueno, don Domingo, comencemos orde-
nando su relato sobre la primera vez que aso-
mó a EL DIA.

—Eso es... Me parece bien así... Mirá...
como ya te dije, fue allá por el año 89. Can-
sado en Tacuarembó de fundir negocios a
mi pobre padre, pensé un día venirme a Mon-
tevideo, decidido a estudiar.

Coincidiendo con esta firme determinación
mía, el gobierno dictó una ley, según la cual
todo estudiante que hubiese cursado hasta
séptimo año de Instrucción primaria podía in-
gresar en la Universidad. Yo aún cuando he-
bía ido poco a la escuela, pues lo más que
sabía me lo había enseñado el cura del

pueblo, decidí sin embargo acogerme a la sal-
vadora ley, y para conseguirlo le eché el ojo a
un viejo y buen maestro que había en Ta-
cuarembó. De inmediato me dí a cultivarlo,
abrumándolo con atenciones y regalos, pues
proveyéndome de botines en la zapatería de
mi padre, calcé gratis al maestro, a su mujer
e hijos, con tal prodigalidad que, a los pocos
meses partía yo para Montevideo dueño del
certificado salvador!...

Fué entonces que conocí a Carlos Travieso,
por cuyo intermedio me hice amigo de Santa
Ana. Con frecuencia iba, pues, a la imprenta
a visitarlos, que entonces estaba instalada en
la Plaza Independencia, más o menos a la al-
tura de donde es hoy lo de Zito.

Mis recuerdos de esa época son algo vagos.
Los evoco como a través de una niebla. EL DIA
ocupaba un local largo y oscuro. Entrando, a
la derecha, estaba la redacción con tres o cua-
tro mesas en las que se escribía... A la iz-
quierda trabajaban los tipógrafos y allá, al fon-
do, se veía a don Fermín Silveira, el adminis-
trador.

Travieso me animaba con calor para que
me iniciase escribiendo, pero yo me resistía
enérgicamente, pues estaba seguro de no to-
ner condiciones para ello. Confesaba en ver-
dad cierta facilidad de palabra, pero me con-
sideraba incapaz de escribir. Por ejemplo: yo
sentía, que si viese caer a un hombre de
un tranvía, no sabría cómo narrarlo a los lec-
tores del diario.

Sin embargo, tanto insistió Travieso que un
día hice una croniquilla de teatro que no me
salíó del todo mal y luego escribí sobre un
crimen que vi cometer en la esquina de la
casa en que entonces yo vivía. Recuerdo que
era una crónica larga, abundante en detalles
y que les gustó mucho a Travieso y a Santa
Ana.

Pero allí quedaron en absoluto suspendidas
mis funciones periodísticas. Continué con mis
visitas bastante asiduas, pero para marchar-
me luego, dedicado de firme al estudio...

Don Domingo calla perdida la mirada en la
lejanía, como si lo embargasen los viejos re-
cuerdos... León se despiereza, estirando su ya
cansada pata coja... Más allá del ventanal aso-
man las copas de los naranjos que se alinean
en largas filas cubiertos de azahares... La
rueda moñosa del molino, da una vuelta chi-
rriando y se detiene a tiempo que grandes pa-
lomas alzan el vuelo y allá en lo alto, en el
espacio azul un aeroplano, como un gran pá-
jaro de tendidas alas, va trazando capricho-
sos giros grises.

Rompo el silencio preguntando:
—¿Y cuándo fué, doctor, que ingresó usted
a la redacción de EL DIA?

—Verás... Se produjo la mudanza de la im-
prenta al local de la calle 25 de Mayo... Yo
continuaba mis visitas esporádicas, pero ya
nadie me hablaba de entrar al diario, hasta
que un día los redactores le hicieron una huel-
ga a Batlle, yéndose con Arturo Brizuela, que
era propietario de “La Tarde”. Don Pepe se
quedó sólo, sin más que Travieso y Santa Ana
en la redacción, pero consiguieron de inme-
diato el concurso de Fernández y Medina, se-
cretario entonces de “El Bien”.

Travieso, acordándose de mis croniquillas,
me mandó buscar enseguida, accediendo yo
entonces a ayudarlos. Me inicié arreglando al-
gunos sueltos; a veces también me mandaban
en busca de noticias.

La imprenta, con la mudanza, había toma-
do una fisonomía distinta. En la redacción,
las cuatro o cinco mesas habían sido substi-
tuidas por una grandota, muy larga, en la que
escribíamos todos. Después, había un escrit-
orio chico y por último el de don Pepe de mu-
bles inverosímiles, pues eran unos presuntuo-
sos sillones de extraños tapices, destartados,
en los que se iba amontonando el polvo de
los años.

La redacción la componían: Baldriz, peque-
ño y bigotudo que hacía maritimas con letra
redonda y amplia, tan amplia que con unas
cuantas palabras llenaba un renglón y con unos
cuantos renglones la carilla. Mansilla, la anti-
tesis de Baldriz, pues escribía con letra tan
apretada que parecía siempre empujado en
economizar papel. Era Mansilla el reporter
más activo que teníamos. Se mantiene bat-
llista irreductible.

Baldriz guardaba en la imprenta un peque-
ño perrito al que llamábamos “Secretario”,
considerado por todos como la mascota de la
casa. Baldriz le llevaba la comida y lo hacía
con tal prodigalidad que lo mató de una in-
digestión, lo que nos habría desolado de no
aparecer enseguida un águila a sustituir al in-
feliz Secretario...

Después teníamos a Torrendell, de aspecto
sacerdotal, que parecía también un mosquete-
ro español, pues era erguido, tieso, muy disci-
plinado, muy erudito; hacía hermosísimas cró-
nicas teatrales y críticas literarias, y las sigue
haciendo con éxito lisonjero en Buenos Aires,
como me lo hizo recordar con un libro suyo
reciente, que me envió con una dedicatoria
que me emocionó todavía...

...A Sauder, un hombre también alto y fla-
co. De bigotes lacios, caídos. Era medio al-
diado y de mirada fría. Hablaba poco... No
sonreía jamás... Era hijo de un célebre coro-
nel Sanz del que no sé en donde le dieron
no sé cuántos lanzos sin conseguir matarlo.
De una gran lealtad a Batlle, se mantuvo en
el diario hasta su muerte...

...Después teníamos a Castilla, que se sen-
taba solo en el escritorio. Era Castilla un
hombre muy menudo, muy bondadoso, muy
competente. Con frecuencia, mientras traba-
jaba, se apretaba el corazón con la mano de-
recha, pues decía sufrir una gran enfermedad
que no se la tomábamos en serio y que un día
lo mató.

De repente pasó por la imprenta dejándome
una impresión deslumbradora. Bernardez, des-
madejado, metido dentro de un amplio jacket,
eternamente bizzo; insignificante con sus bi-
gotas y pelos caídos, pero escribiendo con una
facilidad y brillantez a la que yo no estaba
acostumbrado y que me lo presentó como a un
fenómeno nunca visto! Cuando se alejó de la
casa, siempre lo seguí con interés, pareciendo
me un fenómeno en eterno crecimiento!

Este fué el núcleo del personal con quien
yo me encontré y que naturalmente fué cre-
ciendo y desapareciendo con el tiempo...

Enumerarlos, sería hacer la crónica comple-
ta de EL DIA. Sería intentar un desfilé abiga-
trado, pintoresco, muchas veces doloroso y ha-
bría que incurrir, forzosamente, en omisiones
lamentables, pues no sería posible hablar de

personajes para mí inolvidables pero a quienes
EL DIA ya no quiere recordar...

Don Domingo queda de nuevo en silencio.
La vieja rueda del molino comienza a girar...
a girar chirliando. Alzan espantado vuelo las
palomas, empapando en luz sus grandes alas
y allá lejos, entre los árboles, el jardinero canta
con voz profunda y sonora...

VIDA DE INTENSA BOHEMIA

Yo pregunto:

—Doctor, ¿y la empresa en aquella época?

—EL DIA, hermano, iba desenvolviéndose
penosamente, con grandes dificultades... No
siempre había dinero para el papel. El perso-
nal se pagaba mal y cuando se podía. Los
más modestos de los empleados tenían fuertes
créditos en la casa. Sólo a los que declaraban
que ya no podían más, con cualquier sacrifi-
cio se les arreglaban cuentas y se iban...

Hacíamos intensa vida bohemía. El primer
problema de la redacción era el desayuno, pues
no teníamos seguro más que el mate amargo.
Cuando podíamos se mandaba por café a lo de
Marini, que estaba en la esquina...

Ese café recuerdo que se hizo permanente
con la presencia de Marella, a quien veíamos
como a un potentado y que apareció con la
mania del periodismo, pues trabajaba gratis...

Pepe Ríos Silva, un gran cronista policial,
agregó el medio pan francés untado con man-
teca y espolvoreado con azúcar, que nos salía
a vintén por cabeza.

Los cigarrillos los costeaba, algo inconciente-
mente, don Pepe, que era gran fumador en-
tonces... Llegaba Batlle... ponía un atado
arriba de la mesa y se distraía con cualquier
motivo que provechábamos para fumarlos...
El, un poco extraño de haber fumado tanto,
mandaba entonces buscar otra cajilla.

Tomábamos también, caña con tanjerina,
que resultaba riquísima, pero apenas nos da-
ban como para llenar un dedal por un vintén.
En los raros días de abundancia o cuando apa-
recía algún voluntario generoso, nos embucha-
bamos en el almacén de la esquina con un
chorizo con huevos.

Con la ayuda de Marella me inicié yo en los
temas médicos. El iba a visitar hospitales y
me traía noticias de operaciones fantásticas,
espejuznantes. Claro está que me traía los da-
tos adulterados y que yo los adulteraba más
aún, pero me causaba gran indignación cuan-
do algún médico amigo se empeñaba en ha-
cerme ver los disparates que escribíamos...
Sólo que lo hacíamos con elegancia y origina-
lidad. Nuestros personajes abrían como car-
niceros, cosían como sastres, hacían maravillas
que ellos mismos desconocían...

BATLLE, PERIODISTA

—Don Domingo ¿y sus recuerdos de Batlle en
el diario?

—Mirá, hermano: don Pepe, que fué para mí,
durante mucho tiempo, algo así como un
personaje misterioso. No, misterioso no digas,
poné mejor simbólico. Me producía una im-
presión extraña, que no acertaba a definir
bien y eso me inspiraba gran respeto, a pun-
to de no animarme a llegar a él, yo que siem-
pre fui tan fácil de llegar a la gente.

Cuando aún no lo trataba, lo recuerdo en-
vuelto en un gran levitón verdoso y engale-
rado. Yo lo miraba como una estatua en mo-
vimiento, de super medida! La sorpresa se hi-
zo admirativa cuando lo vi por primera vez en
la playa, en traje de baño: su textura mus-
cular me hizo pensar en la figura central de
un gran fresco de Miguel Angel...

Ya más en contacto con él, la levita había
desaparecido; era entonces el hombre de tra-
bajo que usaba un jacket amplio, desabotona-
do, y que en los días de frío se envolvía en un
gran sobretodo que le llegaba hasta los pies.

Lloviese o no, llegaba temprano a la impren-
ta... Era intermitente en las tareas... Le
daba por trabajar o por no hacerlo... Por es-
cribir o por corregir... Llegaba... Por regla
general no nos saludaba. Si encontraba un
claro en el personal preguntaba por el ausen-
te, sobre todo en la época en que le daba por
la inspección del personal.

Después... solía pasearse por el salón, fu-
mando y silbando bajito, como en un siseo.
Caminaba a grandes y pesados pasos, las ma-
nos atrás y el busto inclinado hacia adelante,
pues todavía no tenía el hábito de tomarse la
cadera... eso vino después.

Se sentaba en el extremo de la gran mesa y
trazaba el plan que había concebido: escribir
el escribir: corregir, si corregir. Me acuerdo
que tradujo casi todo el asunto Dreyfus dic-
tándole a mí.

En cuanto llegaba Santa Ana se ponían a
conversar en voz alta. Nosotros trabajábamos.
El único que se atrevía a interrumpirlos era
yo que, de vez en cuando decía:

—¿Qué es, Santa Ana?

—Nada, —me contestaba él,— hablamos del
frío...

Don Pepe, al escuchar esto, quedaba un ins-
tante en suspenso, mirando a Santa Ana, que
le aclaraba bajito:

—No Batlle, Arena es muy curioso, pero se
satisface con cualquier cosa que se le diga.

Y en realidad, yo seguía escribiendo...

Batlle era un artista del suelto corto. Por
regla general cuando iniciaba sus famosas po-
lémicas, lo hacía en forma enérgica, pero sin
recurrir a la violencia. Trábadla la discusión
sentía la necesidad de superar al adversario,
de ahí que forzosamente terminase en conflic-
to, cuando el contrincante no cedía.

Cuando contestaba en una cuestión apasio-
nante rara vez dejaba de tener el diccionario
a su alcance para medir de una manera exa-
cta lo que le decían y lo que había de con-
tar. De ahí que fuera tan preciso y cuando
era necesario tan hiriente.

Cuando yo lamentaba la trascendencia a que
llegaban sus discusiones ponía un gran empe-
ño en demostrar que él no era el primero en
comenzar: que sus palabras eran enérgicas, pe-
ro sin llegar al insulto jamás y que sólo el
desmán de los adversarios, que él atribuía mu-
chas veces al desconocimiento del valor de las
palabras empleadas, lo obligaban a recurrir a
la violencia.

Batlle tenía dos aspectos como escritor bien
definido: cuando escribía en frío cuestiones
doctrinarias, resultaba extraordinariamente
lento. Ponía grandes intervalos entre palabra
y palabra, pues se distraía pensando en otras
cosas o rumeaba ideas sobre lo que estaba tra-
tando. Pero cuando lo agudizaba la pasión o

lo apremiaba el tiempo se transformaba...
Entonces, no sólo concebía vertiginosamente
sino que elaboraba con la misma rapidez. Los
párrafos más brillantes, en los que lo he vis-
to herir más profundamente y con mayor es-
píritu artístico, se los ví hacer mientras del
taller urgidos por la hora del cierre, le arranca-
ban las carillas a medio escribir.

A nosotros Batlle nos deslumbró desde el
primer momento. Él entonces no intervenía
sino en lo que le parecía grave y no hacía si-
no sueltos tipos que Santa Ana se aprendía y
nos los recitaba de memoria.

OTROS PERSONAJES DEL PASADO

—Arena, ¿y de otra gente de los viejos tiem-
pos?

—Uno de los que llegó a engrosar el perso-
nal de redactores fue Héctor Volo. Cuando
apareció en EL DIA venía de Italia, su país
natal donde se decía que llevó una agitada
vida de conspirador... Como buen carbonario
resultaba Volo un hombre desconfiado. Te-
nía siempre un aire de misterio, sobre todo
gracias a sus inseparables gafas negras. Por
regla general hablaba despacio y en cuanto llega-
ba Batlle se iba a cuchichear con él.

En la época de efervescencia política, cuan-
do el ambiente estaba cargado y había en EL
DIA una atmósfera de duelos Volo parecía
siempre dispuesto a batirse o hacer batir...

Una vez comenzó Volo a recibir las visitas
de un hombrón extraño, que recuerdo gran-
dote, macizo y que le metió en la chola que
yo era espía de Borda! Se dijo eso en el dia-
rio y cuando la estupidez llegó a mis oídos y
patio donde se encontraba Volo y tomándole
de las solapas del saco lo sacudi enérgicamente
a pesar de sentirme ya atáxico, corrí hacia él
exigiéndole explicaciones, y como era funda-
mentalmente bueno se apresuró a calmarme.

Era Volo un espiritista inocente. Años des-
pués me visitó un día en mi quinta y estába-
mos almorzando cuando sentimos unos gol-
pes extraños que Volo enseguida atribuyó a
los espíritus. Yo salí para averiguar y era un
peón que golpeaba sobre un clavo!

Después el ambiente fué ensanchándose y
comenzaron algunos a visitar la pobreza de
la casa.

Llegó Roberto de las Carreras, alto, elegante,
muy fino, vestido a lo poeta, con un traje cla-
ro, corbata grande de moño y gacho de anchas
alas. No se separaba jamás de su elegante
junquillo... Publicaba en EL DIA sus hermo-
sos versos. Solía enamorarse platónicamente.
Roberto miraba, admiraba y soñaba!... Uno
de estos amores le inspiró uno de sus más ex-
quisitos folletos; creo que se llamaba “Sueño
de Oriente”.

Con él, Fernández y Medina y Torrendell, se
formó como un cenáculo literario, en el que
yo hacía de pinche. Estaban entonces muy en
boga las teorías naturalistas y yo, alentado
por Fernández y Medina y Torrendell, que a
raíz de mi primer cuento — que me corrigió
Travieso — comenzó a llamarme el feliz euen-
tista, me dió por tomarme en serio como li-
terato y comencé a hacer literatura en el dia-
rio para disgusto de Batlle, pues un día se me
ocurrió describir el baño de unos soldados
desnudos en la playa y otra vez una pobre pe-
rra que daba crie. Eran cosas que escapaban
al debido control, pues como todos éramos li-
teratos, aquello estaba pésimamente organi-
zado!

Después llegó Figari, el glorioso pintor, de
un teñón extraordinario; se convirtió en gran
compañero nuestro. En forma comunicativa
nos embarcó a todos en la defensa del caso Al-
meida, que él sostuvo con tanto teñón como
desinterés. Y llegó Tax, Teófilo Díaz, que escri-
bía notas acoradas, de una ironía incómoda, y
tan vanidoso y apasionado que un día me dijo:
—“Estos literatos que viven de lo ajeno! Mi-
rá, esta imagen de la “pava” entre las yerbas
que parece una perdiz, era mía”...

Era un espíritu de extraordinario humoris-
mo. Recuerdo esta anécdota:

Estando en el Tribunal de Apelaciones y
siendo juez de feria, intervino en un asunto
en el cual, una de las partes se desbocó y de-
cía al final de su escrito:

“Usía dispensará que me desahogue ante la
justicia porque el contrario me exaspera”...

Y Teófilo dictó un famoso auto que decía:

“Désele por desahogado con costas”.

No puedo olvidar como se animaba y con-
gestionaba en la discusión su rostro redondo
de ojos saltones terminando en una perilla
inefistólica!

Don Domingo echa a reír... Con toda su al-
ma, ruidosamente, rie los alegres recuerdos del
pasado. Sus brazos enfermos, tras inútiles
tanteos, logran al fin tenderse y se abren se-
ñalando un amplio círculo en el vacío para
caer después inertes, agotados por el esfuerzo.
Y tienen una expresión imposible de describir
con palabras los ademanes de don Domingo,
pues se diría que, más que la enfermedad,
atan sus brazos la imposibilidad de seguir su
pensamiento tan ágil, tan brillante, tan cálido.

Yo mismo, cuando en los intervalos de la
charla, releo rápidamente los apuntes que voy
haciendo, encuentro que aún cuando reflejan
ellos con fidelidad sus palabras, carecen del
color, de la emoción que le comunican las en-
tonaciones de su voz, la expresión de su ros-
tro y pienso con tristeza que, cuando ensaye
llevar a los lectores la emoción de estos rela-
tos, he de sentirme impotente... como los
brazos de don Domingo.

LOS TRES GRANDES ARTISTAS DE LA CRONICA LITERARIA

Me dice el doctor Arena:

—Tuviémos también en EL DIA a Samuel
Blixen, que bajo el punto de vista de la cróni-
ca literaria, fué uno de los tres portentos que
pasaron por el diario: Bernardez, Lasso de la
Vega y Blixen.

Era Samuel de una fecundidad despampa-
nante. Llegaba siempre tarde y apurado. Se
sentaba lo más lejos posible de nosotros y co-
menzaba a escribir con su letra menuda, sin
levantar la pluma jamás, sin una enmendatu-
ra, y cuando se quería acordar estaba la cró-
nica de una columna, siempre conceptuosa y
brillante.

A veces, él mismo se entusiasmaba con lo
que escribía y entonces, antes de llevarlas a
las cajas, nos leía los párrafos culminantes
con su voz temblona entre los labios carnosos,
de los cuales siempre pendía un habano a me-
dio concluir.

Algunas de sus páginas son para mí inolvi-

LOS RECUERDOS DEL DOCTOR ARENA EL DIA VISTO A TRAVES DE DESDE el AÑO 1889

dables. Entre otras, la crónica que tituló: "Por mares azules", que culminó con la descripción magnífica de una subida al Pan de Azúcar.

Lasso era el escritor que abarcaba las formas periodísticas más diversas. El más fecundo. Servía lo mismo para contestar un sueldo político que para una cuestión personal, y cuando nos faltaba tema hacía, en un periquete, uno de sus famosos "Salpicones".

—Fue una figura inolvidable con su rebelde y desafiante cabeza envuelta en la niebla del desorden, más fecunda y brillante cuanto más espeso era el nublado...

Don Pepe le llegó a tomar gran afecto a través de la distancia, pues cuando Lasso entró ya no concurría él a la imprenta. Recuerdo que Batlle me manifestó varias veces que el diario debía colocar una placa en su tumba con una inscripción sencilla:

"EL DIA a Leoncio Lasso de la Vega".

EL VENERABLE DON FERMIN

—Doctor Arena: ¿y don Fermín Silveyra? ¿Usted de seguro que lo conoció bien? ¿Qué le habíamos de él?

—Oh! sí... Don Fermín! Fue todo un hombre de bien. Don Pepe ponía en él, con justísima razón, absoluta confianza, y me habló muchas veces del por qué tenía el convencimiento de su honrabilidad.

Batlle le compró a Silveyra la primera imprenta que puso, realizando al efecto un contrato precipitado que resultó lleno de lagunas. La consecuencia de esto fue que con frecuencia aparecían dudas que no se sabía cómo resolver, pero en todas ellas las soluciones que a Batlle le parecían razonables eran las que invariablemente patrocinaba don Fermín. Por eso, en cuanto Batlle pudo, se lo llevó de administrador y fue el administrador del momento histórico. Sin su implacabilidad para decir: no!... no!... no!... a todos los que le pedíamos dinero, EL DIA se habría cerrado muchas veces.

Y esa implacabilidad llegaba hasta el propietario de la casa... Yo asistí varias veces a esta escena memorable: Don Fermín detrás de su pequeño escritorio, con los brazos cruzados, encarado energicamente con Batlle que había llegado con pretensiones de sacar dinero... A medida que don Pepe avanzaba, don Fermín se erguía para tratar de contenerlo, endurecida la mirada, y Batlle, que debilitaba su marcha a tiempo que se iba a producir el contacto llegaba a don Fermín visiblemente debilitado, y si había concurrido con la pretensión de llevarse veinte pesos, apenas se atrevía a formularle el pedido de cinco, que don Fermín también se los retacaba, hermano!

Vuelve a reír don Domingo ruidosamente, alegremente. Al relatar la última frase sobre las famosas entrevistas, la voz de don Domingo, cálida y sonora, fue subiendo de diapasón para terminar en una gran voz, ancha, ruidosa, llena de colores. En una gran voz que parecía empujada por la risa que brotó espontánea sacudiendo su cuerpo todo, su hermosa cabeza, su brazo diestro extendido que, tras subrayar un gesto enérgico, se abatió como agotado, como vencido...

Después calló don Domingo y lentamente se fue borrando de su rostro la alegría... Y quedó pensativo, grave, recostándose en el gran ventanal su cabeza blanca enmarañada, en la que parecía concentrarse toda la fuerza de una vida extraordinaria, de una inteligencia extraordinaria, la sensibilidad de un alma extraordinaria.

Y allá afuera, sobre las copas de los naranjos en flor, sobre la rueda ahora inmóvil del viejo molino, comenzaba a morir la tarde.

COMO SE ACERCARON BATLLE Y ARENA

—Don Domingo, y usted y Batlle? ¿Cómo comenzaron a aproximarse? ¿Cómo llegaron tan unidos al final?...

—Fueron mis primeras crónicas las que me aproximaron a don Pepe. Una sobre romerías españolas que se realizaban en el campo Eúscaro que a él le gustó mucho, rompió el hielo que había levantado entre los dos una incidencia desgraciada en el teatro, que ya conté: se me ocurrió llamarle la atención sobre las curvas exuberantes de una dama que cantaba en el escenario...

Años más tarde, ya buenos amigos, solíamos salir a pasear juntos. Don Pepe de común lo hacía con Santa Ana, que era la mariposa que siempre andaba alrededor de Batlle, pero cuando Arturo no podía hacerlo, entonces me tocaba el turno a mí. Y nos íbamos por las calles... Y me hablaba de que su diario iba a ser una gran empresa periodística... Que llegaría a vender veinte mil ejemplares diarios... Que tendría de avisos, diez mil pesos mensuales!

—No se imagina usted Arena la empresa que vamos a hacer"... "Todo es cuestión de tiempo", me decía, y yo prendido de su brazo, siguiendo con algún esfuerzo sus pasos largos y pesados, lo miraba de abajo a arriba como quien oye delirar a un iluminado!

Y miré que coincidencia extraña y para mí interesantísima, hermano: la primera vez que se concretaron en hechos lo que me parecían delirios de Batlle, fue encontrándonos solo en la dirección de EL DIA, con don Fermín en la administración, mientras don Pepe se preparaba por Europa.



1890. — De Tacuarembó, donde ha cursado estudios elementales con un cura italiano, connacional suyo, ha llegado a Montevideo el estudiante DOMINGO ARENA, que aparece retratado aquí con otros compañeros de clase bachilleril: Moreré, Gandolfo y Abelino Dufour. — No es todavía el tiempo en que Arena había de incorporarse a la redacción de EL DIA, y atraer la atención alerta del señor Batlle, sagaz descubridor de los valores nuevos que iban apareciendo. Sus crónicas jugosas de luego, el gracejo de su estilo inimitable en el que habrían de narrarse los sucesos políticos de mayor significación en la vida del país, y la elocuencia persuasiva y brillante del que había de ser verbo de las doctrinas batllistas, no estaban todavía manifestados sino en la expresión franca y viva de ese rostro juvenil, iluminado de cierta sorna, pícaros los ojos e irónica la sonrisa. La actitud majada y desafiante con que luce el desgaste de su calzado, y el banderín del diario "La Razón", tribuna de libertad, — "los pies en el lodo, la frente en el cielo", como en los versos de Chocano, — completan la estampa pimpante de este último decenio del siglo XIX, cuando la causa de la libertad era como una religión en todos los pechos jóvenes. Todavía se habla, como tema del anecdotario de Arena, de ese sobretodo rayado que perduró por las invernales calles montevidéanas, y descubría al portador, — por ser sobretodo único en sus absurdas diagonales, — en los pasos tunantes del bachiller, emulador de Leandro en su persecución a Eros...



Con tal motivo le escribí una carta emocionada, en la que le decía el placer que me daba que, bajo mis auspicios, se hubieran concretado en hechos lo que me parecían delirios suyos en nuestros paseos matutinos de diez años atrás. Y concluía la carta así:

... "Pero yo no me envanezca por lo que no es mío e imitando a Togo, que a raíz de su gran triunfo le telegrafió: "el Mikado ha triunfado otra vez! Yo digo: "Batlle ha vuelto a triunfar en EL DIA".

Hemos dejado la plecita del gran ventanal. Hemos traspuesto el hall ancho y severo, ahora más en sombras. Precedidos por el viejo León, sonoliento, gruñón y cojo, descendemos una pequeña escalera y salimos a la veredita de piedra loza bordeada de naranjos en flor... Después al camino en que forman bóvedas las moreras, entre cuyas ramas, desnudadas por Otoño, se cuele el sol que ahora va muriendo y que pone en el suelo extrañas manchas rojas.

Llego a la pequeña carretera en la que parecen haberse erguido los viejos eucaliptos pues ya no proyectan sombras... Veo los pequeños negocios siempre solitarios... Las muchachas de los soldados con sus vestidos de colores que aguardan a que las alegres notas del clarín rompan el quieto silencio de la tarde, anunciándoles la llegada de sus mozos...

Allá viene jadeante el autobúsito con una gran llama de fuego que finge en su techo un rayo de sol. Trepo a él... Me instalo... Piedras Blancas pone en mi alma alegres recuerdos, y muy tristes recuerdos. Después, como en sueños, escucho la charla de Arena, tan brillante, tan llena de emoción y colorido, y pienso con tristeza que cuando ensaye llevar al lector la emoción de estos relatos del pasado, he de sentirme impotente... como los brazos de don Domingo.

B. B.

CANAS

UNA MARAVILLA por solo **0.65**

TABLETA "DE SANTO"

Únicas en el mundo para teñir las canas en pocos minutos y en los siguientes tonos: castaño, castaño claro, castaño oscuro, negro y rubio. Se vende en cajas de una tableta al precio de \$ 0.65 para teñir una abundante cabellera. En venta en todas las droguerías, farmacias y perfumerías.

Pedidos del interior dirigidos a su representante: F. Alonso Adam, Ya. guarón 1493, Teléf. 84884. Agregar \$ 0.07 para el franqueo (indique color).



1904. — De izquierda a derecha: sentados: Sres. Ricardo Barrandeguy, Ma. rella y Blanc, Fermín Silveira, Domingo Arena, Héctor Gómez, Juan C. Moratorio. — De pie: Sebastián Rebagliatti, Héctor Tisoni, Ríos Silva, Joaquín Maurimata, Celestino Mibelli, Francisco Schinca, Roberto Mibelli, Medina Bentancort, Hermenegildo Sabat, Carlos Blixen. — En el ángulo: Manuel de León, José M. Teixeira, A. Scarabino.



Don JOSE BATLLE Y ORDOÑEZ en su escritorio de la Redacción en el local de la calle Mercedes. En cuadro aparece la divisa de Marcelino Sosa.

REDACTORES DE ANTES..... Y ALGUNOS DE AHORA



1923. — En la puerta de la Redacción de EL DÍA, en ese entonces en la calle Mercedes, don JOSE BATLLE comenta con un grupo de redactores.

¡ESTRENAR UN TRAJE!



ES LA SATISFACCIÓN
QUE U. EXPERIMENTA
CUANDO SE DONE
SU TRAJE LIMPIADO
Y PLANCHADO POR

La Suiza
TINTORERIA

B. AIRE 579 • G. FLORES 2380
U.T.E. 82144 • U.T.E. 24858

PROPA
ALMA